

Carta Andalicista a Cases-Carbó

Al escritor catalanista Sr. Don Joaquín Cases-Carbó.

Mí querido señor:

El goce de ser en los demás se experimenta al saber que vive en los demás el pensamiento propio. Sea para usted ese goce por esta carta mediante la cual le comunico que ha llegado a vivir en mí su pensamiento, en correspondencia agradecida a la amabilidad que tuvo conmigo remitiéndome su libro admirable, el cual, capítulo tras capítulo, he aprendido con lectura seguida; sobre todo, los dos estudios que usted hubo de señalar, en su grata, a la preferencia de mi atención.

Nosotros, hemos practicado la táctica política. No hay más que una táctica: acomodación de la conducta política (u ordenada al beneficio de la Comunidad), según las exigencias o permisiones de las circunstancias vigentes. Durante un cuarto de siglo hubimos de dirigirnos atentos a un aprovechamiento completo o exhaustivo de aquellas permisiones, elaboradas por nosotros mismos, o suscitadas por el azar, que a nuestra acción se iban ofreciendo. Pero, ¡con qué tacañería nos proporcionó el trabajo los medios de preparar las ocasiones, y la suerte nos brindó las oportunidades de avanzar sobre la tierra a nuestros anhelos de restauración! Además: A todos los autonomistas peninsulares, salió al paso solamente una dificultad o prejuicio: el españolista. Contra nosotros, a más de este obstáculo, otros tres enemigos llegaron a oponerse, con tenacidad desesperante intentando obstruirnos definitivamente la posibilidad de abrir camino para nuestra marcha:

Primer enemigo: El prejuicio europeísta, contrario al devenir y, por consiguiente, a la acción política, referidos a la Andalucía auténtica.

Hablar de restaurar, adecuándolas a las condiciones de los tiempos actuales, nuestras instituciones liberalistas de Al-Andalus, su ambiente cultural, su pensamiento acerca del mundo; su sentido de orientación vital; los únicos que pueden llegar a formalizar y a satisfacer, y a ordenar por cauces propios, el alma original de este pueblo. Esta pretensión tenía caracteres de sacrificio y, nuestras evocaciones, resonancias de blasfemia hasta para los mismos pseudo-andaluces creyentes todavía en la mítica creación de Europa-Arquetipo; modelo mesiánico o salvador de todos los pueblos de la tierra.

¡Con cuánto sigilo tuvimos que deslizarnos en el desarrollo vigilante de una inspiración de complot siempre enmascarados con la careta pragmatista, midiendo palabras, disfrazando acciones, hasta llegar a preparar alma tras alma, para llegar a recibir sin escándalo, nuestras revelaciones, casi iniciativas o comunicadas en tono de misterio!

Segundo enemigo: Represión de la psiquis andaluza:

Vosotros sois un pueblo de señores con relación a nosotros, pobre pueblo conquistado; estilo no europeo, a quien la dureza de la acción conquistadora asimilista, llegó a sugerir un concepto de sí mismo, coincidente con la creencia en la propia espureidad o en una inferioridad racial dimanante de un inexorable Destino; procedente de una fatalidad ineludible, escrita, para siempre y desde siempre, en un Decreto ineludible de la Naturaleza, ordenada por una necesidad del Cosmos o para el Cosmos.

¡Si, hasta nuestra historia llegaron a enterrar con saña u odio jamás igualados por alguna empresa de coloniaje!. Como que nuestro mayor crimen era para Europa y, para España (triste instrumento de Europa, contra nosotros) precisamente nuestra gran Historia. Único pueblo peninsular a quien le fue interdicto hasta el goce del recuerdo. Único pueblo peninsular que tuvo que hablar un idioma cuya prosodia repugnaba a su garganta y a quien proscribieron hasta el alfabeto que contiene las gráficas propias para representar los sonidos correspondientes a la constitución particular de su laringe, condenándole a usar un alfabeto extraño con el cual le privaron aún de la dicha de ver fotografiada su palabra verbal, en la escrita: único pueblo que no sabe nombrar a sus antepasados ilustres: Todavía, el nombre de andaluces, nos lo hubieron de conservar con repugnancia; gracias a que los europeos llegaron a encontrar para este nombre una germana o vandálica

etimología: (Vandalusía) que viniera a desplazar, aunque disparatadamente, el idioma odiado. Vosotros conserváis la altivez de los pueblos vencedores porque en la anfictionía de esos pueblos hubisteis de formar contra nosotros. Y pudisteis, por esto, obrar con la seguridad de señores y con la firmeza de quien llega a actuar en su propio mundo, el cual, para vosotros, es el de Europa. Nosotros, sumidos en un mundo extraño, aherrojados secularmente, malditos y despreciados por la ortodoxia (no solamente religiosa) europea; castigados desde siempre, primero con hogueras, después con el hambre eterna, y siempre vejados, injuriados o escarnecidos; a contar desde aquellos tiempos de las pretendidas expulsiones, en las cuales nos cazaban como los espartanos a los ilotas; hemos tenido que avanzar, cautelosamente, después de asomar a la superficie con la timidez correspondiente al ánimo desconfiado, de quien, durante siglos, estuvo condenado a morar en escondrijos y a deslizarse por subterráneos.

Tercer enemigo: La pobreza del pueblo andaluz:

El verdadero pueblo andaluz es muy pobre. Nada tiene: Ni aún su tierra por donde vaga como un ciego. Nos lo quitaron. El pueblo andaluz, auténtico, es el pueblo jornalero o campesino pequeño terrateniente o colono de nuestros distritos rurales. Los pudientes, los amos de la tierra o los dueños de la industria o del gran comercio, son los descendientes de los capitanes de las mesnadas conquistadoras; o los inmigrantes de las montañas de Castilla o de Asturias, o de otras regiones españolas o del extranjero. ¿Quién de entre estos señores iba a sentir simpatía por nuestra empresa?. Al contrario; odio o desdén; !no nos iban a facilitar medios económicos para una labor contraria a sus intereses!. Y, así, sin más recursos que los que pudieron proporcionar con su trabajo, y sustrayéndolos a necesidades apremiantes de los propios hogares, profesionales liberales, empleados, industriales o artesanos y obreros modestísimos, poco pudimos caminar; aunque a nuestro entender, dado lo que esperábamos, hayamos avanzado mucho. Abrazados al jornalero, que es ir abrazados a Andalucía, ya sabíamos que habríamos de adelantar muy poco. El pudiente, nos ve marchar, lacerados por el dolor de conducir a nuestra madre hambrienta y atormentada; y como hoy dicen proletarios y obreros a los jornaleros que personifican la pureza de nuestra raza y la esperanza de nuestra Historia, creen que nos movemos, no impulsados por el anhelo restaurador de un pueblo que fue muy grande

cuando era libre; sino por credos, sistemas o sectarismos de redención y tiranía de los pudientes. Y, perdone señor Carbó, que sin pensar se corrió el escribir. Dije que le remitieran algunos testimonios de nuestra táctica; correspondiente a los diferentes momentos de nuestra actuación; y, le agradeceré me diga, para mi tranquilidad, si los llegó a recibir, tal como yo lo encargué.

La Paz, y un saludo de su afectísimo

31 de Enero de 1936

Blas Infante